

Cortafuegos

Joaquín Araújo



PRESENTACIÓN

Aunque de vez en cuando nos caiga encima esa otra llamarada que propagan algunos científicos que mantienen el criterio de que los incendios forestales no deben inquietarnos, algunos mantenemos todo lo contrario. La aparente “normalidad” del fuego veraniego en los bosques en nada se corresponde con la realidad del momento. En primer lugar por el espectacular porcentaje de incendios que tienen lugar en otras estaciones climáticas. En segundo, y sobre todo, por ser en su mayor parte intencionados o fruto de la negligencia. Lo que el humano provoca nunca es natural. Tampoco lo es el bosque principalmente quemado que casi invariablemente sustituyó a otras comunidades vegetales anteriores. Por cierto, no pocas veces, muy bien adaptadas al fuego.

Por otro lado cada día nos resulta más necesario que se nos quemen menos bosques. Ante todo porque no sobran, sino todo lo contrario, los dominios de las sombras. Tanto es así que nada exagerado, sino acorde a la necesidad-posibilidades de nuestro momento histórico tendría el considerar que nos merecemos literalmente el doble de los árboles que ahora mismo tenemos en el conjunto del país. Sería algo así como unos 20 millones de hectáreas realmente arboladas, es decir, de las que como mínimo alberguen un centenar de árboles maduros. Por tanto, unos 300 pies por habitante en lugar de los 150 a los que ahora tocamos. Ojalá el objetivo de las comunidades autónomas y de la administración central fuera lo suficientemente generoso como plantar otros 5.000 millones de árboles sobre la piel de las Españas. Insisto en que es posible desde el punto de vista técnico, económico y, por supuesto territorial. Factible y sobre todo necesario. Entre otros beneficios esa duplicación de nuestras masas forestales serviría para detener la erosión, para fijar carbono, para diversificar lo mirado, para proteger las fuentes de nuestros cursos fluviales y para generar un mejor estado de la multiplicidad vital. Un bosque de bosques sería la mejor terapia para varias

de las peores enfermedades ambientales que hoy nos aquejan. Un antídoto además barato.

Sobre todo en un momento en que ni siquiera los incendios forestales son la peor de las amenazas que se concretan en la progresiva degradación de las más complejas y completas comunidades vivientes. Conviene no olvidar que es mayor el riesgo de perderlas por vía de enfermedades tan escandalosas como la seca de las quercíneas. Al parecer vinculada al cambio climático.

Incendios e infecciones, en cualquier caso, nos obligan a multiplicar los esfuerzos de cara a la defensa de nuestros bosques. Tanto de forma activa, como pasiva. Y en ello está este ministerio.

En primer lugar y a pesar de otras disposiciones somos muchos los que creemos que debería ser ya una norma universal y atemporal la prohibición de encender fuego en las zonas arboladas. Al menos, durante la mitad del año. Sería conveniente fijar una conducta a partir de la inercia positiva que mana de la prohibición absoluta que se hizo necesaria en el pasado ejercicio.

Todavía más preciso sería acometer la construcción de una red de auténticos cortafuegos. Una trama de barreras para el fuego pero que, al mismo tiempo, debería funcionar como caminos para la diversificación del paisaje, mejora de la diversidad biológica y, por supuesto, para facilitar la lucha directa contra las llamas y evitar que se produzcan más incendios de enorme superficie como algunos de los últimos tiempos. Estos cortafuegos deben seguir las curvas del nivel, con bandas no completamente desarboladas sino de adhesamiento muy laxo del arbolado anterior. Deben contar con algunos puntos de aprovisionamiento de agua y por supuesto, en la mayoría de los casos, quedarían vinculados a los caminos y carriles previamente existentes. En suma una decisiva infraestructura ambiental que cumpla al mismo tiempo con la misión de detener las llamas y propagar la vida. Cada árbol vivo nos resulta cada día más necesario. 